

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

GONZALO MORENO-MUÑOZ

Decía Giussani que el cristianismo es ante todo una persona. Y si somos cristianos por una persona, sus discípulos lo serán si saben ser testigos de ella. Por eso, la Iglesia siempre ha venerado a los santos, los ha puesto como ejemplo de vida y ha recomendado la lectura de sus vidas que testifican el cristianismo en marcha. El mundo necesita testigos –decía Pablo VI– porque son el rostro concreto de la fe visible y encarnada.

Conocí la figura de Hildegarda Burjan a finales de 2011. Pocos meses después de trasladarme a vivir a Viena y por una de esas situaciones providenciales que no se buscan. Desde el principio sentí fascinación por aquella mujer. A pesar de saber muy poco de ella, empecé a interesarme por los rincones de su vida. En 2012 alguien alejado de la Iglesia católica me regaló dos invitaciones para la ceremonia de beatificación que presidió el cardenal Angelo Amato, en la catedral de San Esteban. Aquello fue el reconocimiento de la Iglesia a las virtudes heroicas de la fundadora de Caritas Socialis y un modelo ejemplar de santidad para toda la humanidad. Dos años más tarde me trasladé a vivir al barrio de los Servitas, en el distrito IX de Viena, donde está la casa madre de Caritas Socialis, en la calle Pramergasse. Allí está la capilla que alberga los restos de la fundadora.

Todo aquello me acercó más y más a la persona de Hildegarda. Como mujer, como parlamentaria, como esposa y madre, como fundadora. Una vida intensa y precisa; que no tiene nada que

desperdiciar. Precisamente porque es doliente y contradictoria; luminosa y rebelde; entregada y creativa. Fue a través de la abundante bibliografía sobre Hildegarda en alemán, pero también oyendo a las hermanas de Caritas Socialis y a las personas que han dedicado décadas a divulgar su vida. Entre ellas, ocupa un puesto principal la vicepostuladora de la causa y autora de esta biografía, la profesora Ingeborg Schödl. Así como las distintas directoras generales de Caritas Socialis, obra inspirada de su vida, y que sigue siendo hoy un referente de asistencia social en Austria y en Brasil.

Ante la inexistencia de bibliografía en español, nos decidimos a acometer el proyecto de traducción de un libro sobre su vida. Se tomó la biografía más completa, publicada en 2008 por la editorial del arzobispado de Viena (Wiener Domverlag), y que ya sería la definitiva de la nueva beata. El proyecto lo impulsó desde el primer momento la Fundación Cultural Ángel Herrera Oria que vio en Hildegarda una vida digna de ser contada.

Los que vivimos el carisma de la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), no podemos dejar de encontrar paralelismos entre la vida de Hildegarda Burjan y la de los propagandistas de la primera hora. Hildegarda Burjan nació en 1883, tres años antes que Ángel Herrera Oria. Aunque la vida de Hildegarda estuvo profundamente marcada por una experiencia radical de conversión, la influencia de la *Rerum Novarum*, el cambio de siglo, el anticlericalismo y la amenaza revolucionaria fueron factores casi idénticos en la génesis del catolicismo social en España y Austria. Si bien distintos en las formas, ambos seguían un patrón muy parecido en cuanto a la búsqueda de la excelencia, de la innovación, del rechazo del integrismo religioso, del fuerte acento social y del posibilismo político y social. Después de una fuerte tensión entre intereses de clase, ideología conservadora e integrismo religioso, emergió una nueva forma de laicismo en la Iglesia que 50 años más tarde confirmaría el Concilio Vaticano II.

Si hay algo por lo que Hildegarda es mundialmente conocida, es por ser la primera mujer parlamentaria que sube a los altares. El sobrenombre que da título a este volumen «La conciencia del parlamento» fue acuñado por el cardenal de Viena a raíz de su exigente actividad parlamentaria. La foto del grupo parlamentario socialcristiano, con una sola mujer de blanco entre todos los caballeros de oscuro, fue un hito que rebasó las fronteras del partido socialcristiano y de la política nacional austriaca.

Pero lo que marca la diferencia en Hildegarda es su visión temporal, instrumental y realista de la política. Aun concediéndole a esta un papel fundamental como vía de hacer cosas, fue para ella siempre algo pasajero y contingente. La veía como una herramienta para avanzar en las conquistas sociales. Puesta al servicio de los intereses del bien común. Y se desligó de ella llegado el momento, sin reparar en sus legítimos objetivos personales. Aquella fue solo una escala para un viaje más largo y profundo. Lejos de los focos y la pompa del mundo político siguió su camino hacia formas más elaboradas de apostolado social.

La vida de Hildegarda Burjan está enmarcada en un tiempo y un lugar fascinante. El trasfondo histórico que, con brillantez expone en el libro la profesora Schödl, proporciona los ingredientes necesarios para una vida de novela. Los últimos años del Imperio Austrohúngaro, con el káiser eterno, Francisco José I; el asesinato en Sarajevo del sucesor al trono imperial, la I Guerra Mundial, la posguerra y el ascenso del nazismo; se amontonan en apenas veinte años de cambios frenéticos. La diminuta Austria nacida tras los acuerdos humillantes de las potencias vencedoras en la I Guerra Mundial, fue el marco político en el que la clase dirigente tuvo que gestionar errores y frustraciones. La severa crisis económica que siguió al crack de 1929 terminaría por completar un cuadro dramático que arrastraría a Alemania, primero, y a Austria, después, al desastre del totalitarismo.

Pero en medio de aquella catarsis histórica floreció lo mejor de la ciencia y la cultura. Diversos autores coinciden en que

la Viena que va desde el cambio de siglo hasta la anexión nazi de 1938, fue una conjunción excepcional de talento, innovación y creación. En pintura, arquitectura, física, filosofía, matemáticas, literatura, economía y, por supuesto, música; Viena concentra una explosión exuberante de genialidad sin parangón. Nombres como Wittgenstein y Popper en filosofía, los escritores Rilke, Zweig, Kafka, Roth; en música Brahms, Mahler, Dvorak o en pintura Klimt y Schiele; son algunos de los exponentes de aquella época genial. De aquella Austria salieron numerosos premios Nobel, se fundaron dos instituciones clave en la historia del pensamiento y el conocimiento –el círculo de Viena del positivismo lógico, y la escuela austriaca de economía– y surgió una nueva disciplina de manos de Sigmund Freud: el psicoanálisis.

A ese elenco de grandes nombres hay que añadir el de Hildegarda Burjan como pionera social y política. No porque fuera un talento más de entre aquellos círculos selectos –a los que sin duda pertenecía por méritos académicos y sociales– sino porque supo reconocer a la legión de hermanos que precisamente quedaban fuera de aquel esplendor. Aquellas personas que no oían música, no acudían a la clínica del Dr. Freud o simplemente no sabían leer. Aquellas masas de desheredados que, por dos veces la guerra arrastró en su vorágine, fueron los predilectos de Hildegarda. La opción preferencial por los pobres, que diría el Papa Francisco. Y que, entre ellos, aun había un grupo, si cabe, más vulnerable: las mujeres y los niños. Los pobres entre los pobres.

El método social de Hildegarda son dos caras de una misma moneda. Algo nuevo y a medio camino entre la beneficencia «que ya estaba bien arraigada» y la reivindicación política de legislar a favor de los más desfavorecidos. Algo que no encajaba en la estrategia de los socialistas. Pero tampoco de los conservadores, que veían peligroso un despertar de conciencia de la clase trabajadora: «por ahí va la que está volviendo locas a las criadas».

Hildegarda practicaba una prudente gestión de los tiempos y de los medios que permitía avanzar cuando se podía y consolidar sin retroceder. Y una exigencia permanente a las clases pudientes para que compartieran parte de su patrimonio y se sensibilizaran ante las desgracias ajenas. Pero también una exigencia a quienes iba destinada la ayuda social instándoles a ponerse de nuevo en pie y ser capaces de decir: «soy alguien y voy a hacer algo». Un lenguaje nuevo que encontró detractores en todos los ámbitos que se veían amenazados por aquel proceder audaz. Y paradójicamente la resistencia más feroz salió de los suyos.

Pero si fue exigente con la clase burguesa y con la clase trabajadora, fue porque antes lo había sido consigo misma. La cruz era en ella algo natural, que había que cargar para hacer cualquier obra; para emprender cualquier empresa. Hay en esto una influencia mística profunda de su conversión, pero también un espíritu sobrenatural desbordante. Espíritu que pedía a todos los que trabajan con ella para poder hacer todo sólo «por el amor de Dios».

En Hildegarda se dibuja claramente el camino de la Pasión de Jesús, demostrando que no hay santidad sin cruz. En su caso, la vía dolorosa fue claramente corporal. Pero siendo esta gravísima, crónica y muy temprana; no fue la única y ni más importante. Los sufrimientos causados por las contrariedades de la acción social, los ataques políticos, las críticas de los suyos y sus propias contradicciones de madre de familia y fundadora de una comunidad religiosa; fueron sembrando su vida de espinas que hicieron aflorar la heroicidad de su virtud.

Y si no hay santo sin cruz, tampoco hay vida plenamente humana que no esté plagada de errores. Lo confesó la propia Hildegarda en su lecho de muerte: «he hecho mucho mal». Aspecto que se pone claramente de manifiesto en la relación con su hija. Y porque los santos son plenos en su humanidad caída, también están abiertos a la gracia que restaura todas las cosas en Cristo. Porque Dios no los busca perfectos, sino sólo enamorados. Y el amor a Dios de Hildegarda traspasa toda su vida. De niña, asombrada por

las monjas del convento vecino, de brillante estudiante de filosofía en Zúrich cuando lo busca sólo a través de la razón, de excelente organizadora social, de elocuente parlamentaria, de fiel y entregada fundadora de Caritas Socialis, siempre.

Amigo lector, este libro cuenta la vida de una mujer excepcional. Mujer de trazo enérgico y huellas profundas. Quizá estas páginas te empujen por sus caminos. Caminos que están por recorrer y que necesitarán de nuevas almas, colmadas de espíritu sobrenatural, para hacer las obras que nuestro tiempo exige. Obras en servicio a Dios y a la sociedad, que tendrán en la beata Hildegarda Burjan una segura mediadora.

AGRADECIMIENTOS

Para que este libro viera la luz han sido muchos los que han regalado tiempo y esfuerzo. En primer lugar, hay que agradecer a la Fundación Cultural Ángel Herrera Oria haber asumido la edición. En las personas de sus directores gerentes, Raúl Mayoral que enseguida puso en marcha el proyecto y Fernando Lostao que ha terminado la edición con diligencia. También a todos los miembros del patronato, especialmente a Carlos Romero y a Marisa Moreno.

En segundo lugar y en la parte austriaca, a la autora Ingeborg Schödl, que con experiencia editora dio los primeros pasos para conseguir la cesión de derechos para a la edición española. Y por supuesto a Caritas Socialis, a su directora general, la hermana Susanne Krendelsberger que ha sido eficaz mediadora en todos los trámites y a la hermana Karin Weiler que ha prestado una ayuda impagable en la preparación de los textos auxiliares y los materiales gráficos. Agradecimiento también a la editorial de origen, Wiener Domverlag y a la española, CEU Ediciones; en las personas de Barbara Kornherr y Pablo Velasco respectivamente.

En tercer lugar, a los pastores que con su prólogo y epílogo hacen de puente entre la Iglesia austriaca y española, en torno a una beata universal. Gracias al cardenal Christoph Schönborn, cabeza de la Iglesia austriaca y a mi querido don Ginés García Beltrán, obispo de Getafe.

En el trabajo concreto de traducción y revisión, quiero hacer una mención especial a mi madre, Emi, que fue la primera en leerse el borrador de la traducción y dedicó horas de anotaciones y consejos. También a Íñigo de Bustos, Javier Pérez de la Maza y Luis Tercero por la revisión histórica y lingüística.

Para terminar, un inmenso agradecimiento a mi esposa Julia, por haber cedido tantas horas de vida familiar en los años que ha durado este proyecto. Que Hildegarda Burjan sea una inspiración para nuestras hijas, Clara y Carmen, de mujer fiel y luchadora.

Viena, 1 de noviembre de 2020

PRÓLOGO

CHRISTOPH SCHÖNBORN

CARDENAL ARZOBISPO DE VIENA

La beata Hildegarda Burjan fue un regalo para sus contemporáneos. Su testimonio de vida tiene una relevancia singular, no sólo para Caritas Socialis sino también para toda la Iglesia, para la archidiócesis de Viena y para las personas que se comprometen en el trabajo político y social.

Hildegarda Burjan es además la primera política democrática que ha sido beatificada por la Iglesia. Es el mejor ejemplo de que, también en política, se puede llegar a la santidad. El escepticismo general de muchas personas respecto a la política es contrarrestado severamente en Hildegarda. Porque hoy también son necesarios políticos que, como ella, sean capaces de actuar con integridad y responsabilidad.

Contemplando a Hildegarda Burjan llego a la convicción de que su vida fue transformada desde dentro, por una fuerza, una dinámica que nacía de su interior más profundo. Fue un radicalismo en y para el bien, un impulso inagotable de cuño inconfundible, como se advierte en la vida de todos los santos. Porque no fue una energía meramente humana, la que la animaba sin descanso a estar presente donde hubiera una situación de necesidad; al tiempo que llevaba una familia y fundaba una comunidad religiosa.

La beata Hildegarda Burjan no nos contó mucho sobre su mundo interior –del que se nutría en su quehacer diario–. Pero

ese mundo sobrenatural lo hizo vida visible sin necesidad de palabras. Para ella fue siempre más importante la predicación del ejemplo: «necesitamos personas que no vayan a predicar a los demás». Porque su ideal apuntaba más alto: «si no que, de una profunda piedad interior, salgan a la vida real a actuar». Nada de beatismo estéril, nada de contemplación helénica del propio interior, sino la visión aguda de las necesidades, el implicarse a fondo por los demás, el proceder prudente en el trabajo social: eso fue lo que le mereció el reconocimiento más allá de las divisiones de los partidos políticos –como una de las primeras diputadas del parlamento austriaco–. «Dios nos da el entendimiento para reconocer las necesidades de cada tiempo, las causas de la miseria y los medios para aplacarla». Y fue también el motivo último de su compromiso político: «un interés vivo por la política es propio de un cristianismo práctico» dijo en una ocasión ¡y lo demostró después con su vida!

La publicista y vicepostuladora del proceso de beatificación de Hildegarda Burjan, la profesora Ingeborg Schödl, ha contribuido con esta biografía y con su compromiso incansable a dar a conocer al gran público la vida y obra de la beata.

Es una gran alegría que ahora vea la luz la traducción española de la biografía de Hildegarda Burjan y que, con ello, su testimonio de vida alcance a un círculo mayor de lectores. Precisamente en un momento de polarización creciente en nuestra sociedad, Hildegarda puede ser un excelente ejemplo cuando se trata de superar diferencias profundas: «el trabajo social significa también limar aristas pero, sobre todo, con amor cristiano y corazón misericordioso, buscar cómo tender puentes que restauren las fisuras abiertas en el seno de la sociedad».

Viena, abril de 2017

+Christoph Cardinal Schönborn
Arzobispo de Viena